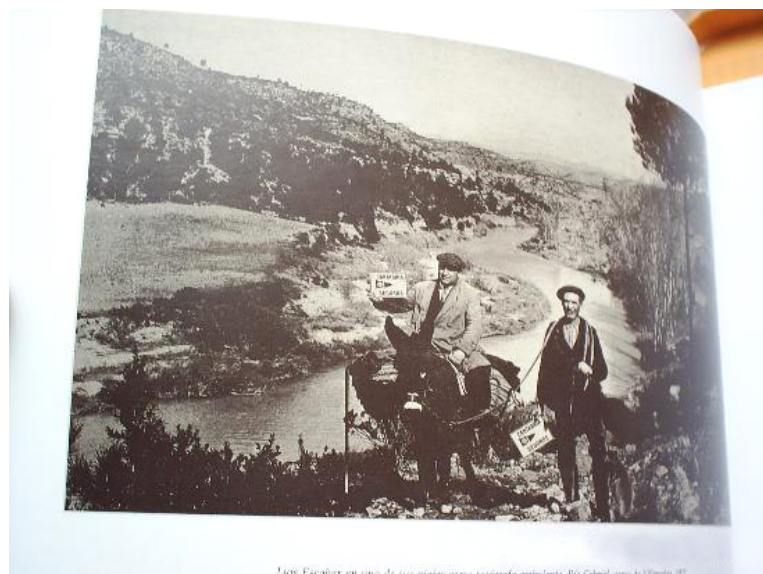


PRÓLOGO DE AGUSTÍN GARCÍA CALVO



¿Hará falta explicar la utilidad o deleite, o juntas las dos cosas, de este libro de viejas fotografías de pueblos y gentes de tierras de la Manchuela? En las manos lo tienes, lector, y delante de los Ojos, gracias a las largas fatigas de Publio L. Mondéjar y sus amigos, gracias a sus cuidados exquisitos en la búsqueda y selección y en la reproducción más nítida y fiel de esos cerca de cien curiosos documentos, y por ellos puedes discurrir, si vas deprisa, uno tras otro, o bien pararte en uno u otro de ellos que acierte a cautivarte en la fijeza de su cuadro y poner a su vez en marcha al curso de tus imaginaciones y pensamientos. Ello dirá, pues, cuánto es el libro de placentero y para qué vale. Lo más que puedo hacer es decirte un poco qué me ha traído y qué ha despertado en mí esa colección de fotografías, en mí que ni soy especialmente entendido en esas técnicas ni conozco aquellas tierras más que de pasar en tren por ellas de tarde en tarde.



Que esto de la fotografía se inventó para fijar el momento, no dice mucho que sea peculiar de la fotografía: desde que empezó la historia (según la Historia lo imagina), desde la escritura y los megalitos y las pinturas rupestres, eso parece

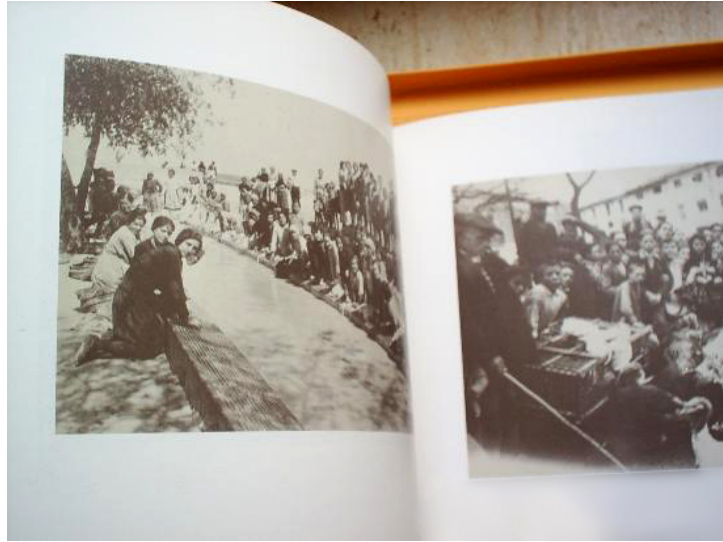
que han estado intentando los hombres de diversos modos: así que la invención de la fotografía, en concomitancia, como es justo, con la invasión de la conciencia histórica y la idea del Progreso, no sería más que una culminación o perfeccionamiento de esas artes destinadas a hacer que de algún modo quede lo que pasa: condenada cada vez más implacablemente la vida a su futuro, a la idea de su muerte, tanto más imperiosa se hace la necesidad de tener una idea de la vida: ya que vida no se puede, ¡al menos la inmortalidad! Es la voluntad de tener al muerto lo que promueve y vende la fotografía. «Tus hijos no te olvidan» se dice en las lápidas y esquelas, y como ilustración de tal letrado, se ponía en las tumbas de algunos cementerios, y he visto que se sigue poniendo en las esquelas mortuorias de algunos periódicos del Norte, la fotografía, juvenil y sonriente, del difunto. «Viva y quieta», como don Antonio Machado quería pintar a su Guiomar.

*en la urna imaginaria
de un daguerrotipo viejo.*



Pero, ¿no nos pasamos justamente los días maldiciendo de la Historia, esa hija y confirmadora de la muerte, luchando contra la necesidad de ver el tiempo, de hacernos una idea de la vida? ¿No hemos descubierto y cantamos a la menor que «hay en la tierra razas en pugna dos de memoria»?

Hay una memoria que consiste en poseer pasados (lo mismo que se poseen proyectos) de uno mismo, y que, por tanto, se cree que hay otras épocas y momentos y que esto en que uno vive es un momento entre los momentos, una época entre las épocas. Y ésa es la memoria a la que hemos llamado histórica o fotográfica precisamente, la que reconocemos condicionada por la fe en la muerte, en la que, resignado uno, para ser quien es, a no vivir, quiere al menos conservar las evidencias de los lugares donde pudo haber vivido; porque, en efecto, vacaciones sin Kodak no son vacaciones.



Bien, y luego hay (se recuerda, se piensa, se desea que la haya) otra memoria que, lejos de contar con el tiempo, lo deshace, siendo ella misma, al ser un revivir, un vivir también, donde recuerdo y deseo se funden dichosamente, y desaparece de paso esa fantasía de la Historia, intermedia entre el Futuro y el Pasado, a la que se llama mi Presente.

De manera, en fin, que debíamos, si fuéramos consecuentes, estar en contra de toda fotografía y nunca colaborar en ninguna fijación de las tierras, los pueblos o la gente para la Historia.

Pero es que, aparte de que no seamos mayormente consecuentes, lo que pasa es que se confía en que también los monumentos se olvidan, en que también las fotografías se las lleva a rastras, como las hojas del Otoño, este viento arrebatado que se llevó a los que posaban para ellas, que se ha llevado a los seres queridos que cubríamos de nombres y de losas.

Y así, lector, no por lo que estas fotografías te digan de un tiempo pasado, sino por lo que ellas viven y palpitan en este tumulto de lo que está pasando, te las presento y las abandonamos a los parpadeos de tus ojos, que ojalá no se coma jamás la tierra.



Además, es que estas cartulinas y viejas placas que Publio Mondéjar y sus amigos han recogido afanosamente de los trasteros y archivos familiares de gentes de su tierra son fotografía vieja, quiero decir de aquellos tiempos en que se posaba para el aparato, bien alejados del posterior desarrollo del invento, con la instantánea, por un lado, que culmina en esas maquinitas de ahora que te dan reproducido el cuadro al momento siguiente de haberlo capturado, y con el cinematógrafo, por el otro, que quiere devolverte la ilusión del movimiento mismo y probarte, al conseguir la continuidad a partir de la discontinuidad, que también la vida que retrataba era así, una vida de trozos o momentos fijos.

De las fotografías de este libro, la mayoría son de entre 1910 y 1939 y sacadas directamente de placas del fotógrafo Luis Escobar; y luego las otras, de 1870 a 1910, que han tenido en general que reproducirse a partir de viejas copias, se pierden, como es propio de las épocas heroicas y protohistóricas de las artes, en el anonimato.



Luis Escobar (1897-1963)

De manera que, aunque los ejemplos lleguen hasta fechas tan modernas como las del fin de nuestra guerra, todos pertenecen todavía a aquella fase de la institución en que el fotógrafo, profesional y aficionado juntamente, plantaba su tenderete en los jardincillos de la ciudad avara o llegaba ambulante de pueblo en pueblo, y anunciado por el pregonero, como el vendedor de sardinas o de percales, montaba el trípode en la plaza, o bien se trasladaba por encargo a casas, casinos u oficinas municipales, y allí preparaba su objeto cuidadosamente, hacía que las personas del grupo se mantuvieran quietas y suspensas en las actitudes elegidas para el caso, y una vez bien objetivadas en su realidad, las dejaba pasar por el ocular a la cámara negra y a la placa.

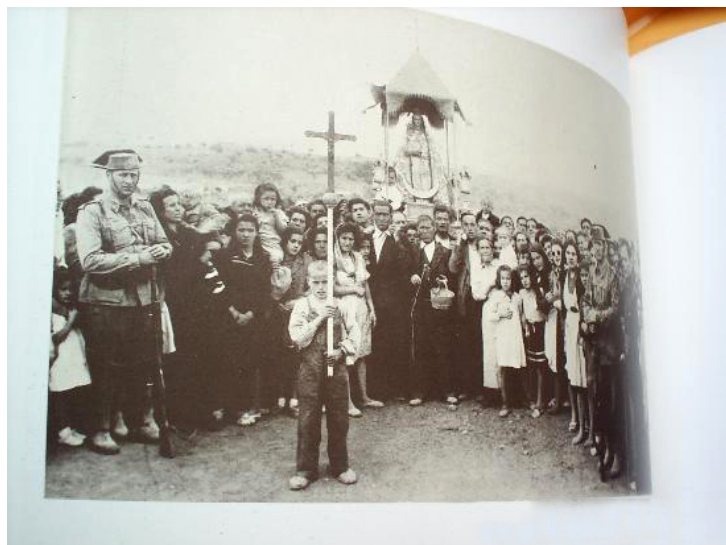


Y ahí los tenéis, posando para siempre, la familia con sus miembros sentados o de pie y significativamente distribuidos en los puestos que les corresponden, la partida de caza del dueño de dehesa, sus amigos y sus ojeadores, con el gesto cinético que según su condición es propio de cada uno, la oficina de telégrafos con su plantilla de jefe, oficiales y auxiliares, enhiestos o repantingados, pero con los ojos vueltos al objetivo, como quien dice: «Aquí nos tienes: así somos». Hay, pues, en este tipo de fotografía una conciencia al menos de que lo que se retrata no es la vida, sino una escena extraída del torrente y paralizada precisamente para hacer fotografía: hay en esos cartones un poco de teatro todavía, un poco de parodia de la vida que pasaba, que, al ofrecernos uno de los sucesivos estados de muerte en que está ya aquella vida convertida, nos ofrece, a trueque de la vida, un vislumbre de evidencia de esa conversión de la vida en muerte. Y luego, ¿cuáles son los cuadros y escenarios de estas fotografías que Publio Mondéjar y sus amigos han elegido para presentarnos y reproducir en amorosa recolección?

Son las plazas y las casas, las solanas y los patios, de ciudades, de villas y de pueblos, cuyos nombres suenan como Albacete, Villarrobledo, La Roda, Almansa, Casasimarro... Son lugares de La Mancha más lejana y olvidada, de la llanura interminable donde se pierden los ojos del viandante forastero, que se pregunta pasmado si también allí habrán llegado los hombres y se habrán quedado a labrar y fundar ciudades y a hacer hijos para el cielo, que han de sentir en un lugar de La Mancha el centro de la tierra.

Y así, al mostrarnos esas escenas de la vida cotidiana, de los trabajos y las ferias y hasta de las revoluciones militantes (¿no fueron por ahí los últimos trozos de España que les quedaban a los rojos derrotados?), al hacernos ver en tales cuadros los órdenes laborales, familiares y ciudadanos de todas partes, nos despiertan la admiración más conmovida por el tesón y la vivacidad de los hijos de Caín, ca-

paces de sacar de entre los terrones de cal la yerbecilla del pan, de levantar del barro torres y estrados en que seguir la representación de la vida condenada. Y así responden estas imágenes, quietas, a los ojos viajeros que transitaban, sin entender, por los ámbitos desolados.



¿Quién ha vivido nunca
en estos poblachones
de la vasta llanura?,
Criptana, Socuéllamos,
La Roda, Villanueva.
Sin sierras que cortasen la ruta,
sin ríos que diesen
sentido a la andadura,
¿cómo iban las hordas que trashuman
a saber en dónde
hace alto y pobladura?
¿Dónde anidaría la lechuza?
¿No habían de perderse
los arrieros y sus mulas
por chaguazales sin veredas,
y el cartero, y hasta los curas?
¿En dónde encontrarían las brujas
cerrillo para hacer sus aquelarres
en las noches de luna?
¿En dónde los enamorados una
sombra para caer de siesta,
junto con junta?
Tierras de pasar, que cruzan
los trenes y récuas y mesnadas
de campeadores hideputas,
¿quién pudo un día en ella
quedarse a vivir nunca?

¡Oh tres veces benditos
los que aquí sin razón alguna
morada hicieron, los que a fuerza
de fantasía alzaron muros y república,
los que han dado nombre de sitios
a la nada, los que surcan
de radios el orbe sin fin
de la llanura!
Menuda yerbecilla turbia
va vistiendo de loma en loma
los surcos de caliza cruda.
Huye el tren,
de hito en hito arrojando
un bostezo de música.
Enjabelgado de cal sucia
otro pueblo de tarde en tarde
abre hacia la vía sus rúas.
¡Salud a vosotros y fortuna,
Criptana, Socuéllamos,
La Roda, Utopiel, Villaninguna!

En estos años en que nos tiene presos la Idea devastadora del Progreso, que cada vez más imperiosamente nos impone un Futuro para crear la extensión desolada del Tiempo, del vacío, para hacer de la vida de los pueblos mera historia, en estos años en que congruentemente los regímenes progresados y tecnocráticos, al mismo tiempo que concentran a las gentes en las masas de los suburbios metropolitanos, necesitan la formación de campos desiertos, de vastas extensiones de territorio vaciado, tal vez ahora la conmemoración que estas fotografías nos aportan de la vida íntima y pública que en medio de la pobreza al viejo estilo, del vivo desierto de la Meseta «atrasada» de los yermos de La Mancha y la Manchuela se arreglaba para florecer nos esté tal vez diciendo una lección que ojala pudiéramos oír al verlas.

Queden, sea como sea, dadas las gracias debidas a Publio Mondéjar y sus amigos por haber convertido estos residuos de álbum familiar arrinconado en edición de documentos públicos y haberlos hecho así manantial de memoria para cualquiera: por ejemplo, para ti, lector.

Agustín García Calvo